

Louis-Hubert Farabeuf
(1841-1910)

VICENTE GUARNER *



Desde aquel día que concurrí a clases, por vez primera, en el sobrio y austero edificio de Santo Domingo y establecí mi contacto inicial con el anfiteatro de disecciones, mis oídos se sintieron sensibilizados por un nombre sonoro, casi mágico, terminado en consonante: Farabeuf. A partir de ese día y durante mi larga convivencia con la anatomía, las disecciones y las técnicas operatorias, mi

sentido auditivo iba a continuar percibiendo aquel mismo nombre armonioso, penetrante, casi misterioso. Poco a poco iba a alcanzar un carácter representativo, casi podríamos decir, simbólico. En efecto, Farabeuf encarnaba toda una rama de la profesión, una ciencia: la anatomía. Y además una técnica y si se quiere, un arte: el arte de diseccionar. Farabeuf representaba toda una época. Podría decirse que Farabeuf personificaba una era: la que podríamos llamar la era anatómica o morfológica de la enseñanza de la medicina. Durante su vida, y, sobre todo, durante su ejercicio profesional en la Facultad de Medicina de París, Farabeuf dio

* Académico numerario.

trilos, con la probabilidad, en la carga más fuerte que tuviera la enseñanza en aquellos días, brasas cuyos rescoldos alcanzaron todavía nuestra época de estudiantes en México.

El 4 de diciembre de 1879, gracias a él, fue fundada la escuela de estudios prácticos que se encuentra situada enfrente de la Facultad de Medicina de París, que fundara Luis XV y ocupa en esta ubicación el edificio de lo que antiguamente era un convento de los franciscanos. A partir de su fundación y hasta nuestros días, la escuela práctica contiene los anfiteatros y constituye la sede de los estudios anatómicos.

En aquellos, mis primeros años de estudiante, debo confesarlo, aquí y ahora, sublimé el símbolo Farabeuf. Lo hice tal vez, como uno de tantos indicios en la evolución de la personalidad que existen entre la adolescencia y la edad adulta: lo hice, quizá, como lo interpretaría un psicoanalista ortodoxo, como un mecanismo de fuga para aliviar la angustia que los prolongados, tediosos e irracionales estudios anatómicos legaban con frecuencia en nuestro espíritu juvenil.

Más tarde, con el transcurso inexorable de los años, siento que aquella sublimación fue perdiendo altura, progresivamente, al mismo tiempo que era sustituida por una creciente curiosidad... ¿Quién había sido Farabeuf? En las enciclopedias casi nunca aparece su nombre, aunque sí los de otras personalidades dentro de esa misma rama del saber, con menor relevancia quizá, como Cruveilhier, Henle, Testut. El diccionario Larousse, que no se caracteriza por menospreciar intencionalmente a las personalidades de habla francesa, pasa de Fano a Faraday. Rochard, en sus excelente y detallado libro acerca de la cirugía del siglo XIX en Francia, hace apenas mención a él y yo añadiría que, entre las figuras de la medicina del siglo pasado, ha sido para mí uno de aquellos protagonistas acerca de cuya vida he encontrado más difícil información.

Pero Luis H. Farabeuf fue todo un personaje y a medida que fui familiarizándome con él, hizo honor a lo sonoro de su apellido y a todo el resplandor con que fue enaltecido por mí en mis días de estudiante. No he perdido para él, debo confesarlo, ni un ápice de mi admiración, como tantas veces aconteció en la vida, después de un conocimiento de tantos años.

Farabeuf no fue, como yo llegué a creerlo, ni un gran cirujano, ni siquiera un gran operador. Fue algo insólito, un creador de procedimientos quirúrgicos, un diseñador de técnicas operatorias; de procedimientos limpios y acendrados que efectuaba en el cadáver, sobre los fundamentos de los más detallados conocimientos de anatomía. De ello es testigo su manual de cirugía operatoria publicado por Masson en 1893.

He vivido tantos años su personalidad, que al salir la primera vez, hace ya más de un lustro, en París, de la escuela práctica en cuya entrada se encuentra su estatua, me pareció, entre las sombras grises de un día brumoso de invierno, contemplar, en ese antiguo camino galo-romano que

extraña, inclinada hacia adelante, vestida de un viejo abrigo con pelerina, con el sombrero hasta las orejas y unos pequeños lentes oscuros. Aquella fue la estampa del viejo profesor de anatomía, que se dirigía a dar su clase, arrastrando trabajosamente los pies, tal como lo describió Faure. Y, sin embargo, este hombre, cansado, envejecido prematuramente, de voz débil y quebrada, en un intervalo de unos cuantos minutos, al colocarse ante el cadáver, en el anfiteatro, y comenzar sus explicaciones en medio de los estudiantes, iba a sufrir una transformación casi kafkiana. Si, en efecto, aquella figura que apenas podía levantar sus pies adoloridos, cubierto hasta las orejas, alcanzaba el climax de la admiración cuando tomaba unas tizas de colores y sobre la pizarra comenzaba a ilustrar, con bellísimos dibujos, la perfección de cada elemento, de cada músculo, cada apófisis, cada ligamento, y la función de todos ellos.

En 1878 fue nombrado jefe de estudios anatómicos. Iba a ocupar un puesto donde sus antecesores habían dejado indeleble memoria. Bástenos mencionar los nombres de Fragonard, Dumesnil, Dupuytren, Beclar, Cruveilhier, Breschet, Bianchin, Denonvilliers, Gosselin, Jarjavay y Sappey.

Los comienzos de Luis Farabeuf no fueron fáciles. Para llegar a alcanzar aquella posición de jefe de los estudios anatómicos, había tenido que dar prueba durante años, de un tesón y de una voluntad férreos, que sólo aquellos, que como él vienen de abajo, son capaces de remontar en la empinada cuesta de la vida. Fue hijo de esa raza fuerte de campesinos franceses que se alimentan de espesos potajes, del buen vino de sus propias viñas y del queso casero, sobre todo del queso, pues nació en el pueblo de Breton Bazoches, donde la gran llanura de Brie se levanta entre las verdes ondulaciones de las colinas de la región de Valois.

El pueblo y los paisajes son los mismos que uno puede llegar a admirar en cualquier rincón de Francia. Todavía en nuestros días se pueden contemplar sus casas de piedra, cubiertas de techos de teja rojizas y la distribución de sus caseríos en formaciones irregulares en torno a la iglesia, dentro de una de esas estampas de dulce y uniforme verdor, que envidiaría el más cuidado de los jardines. Fue muy cerca del pueblo, en una granja llamada La Coquille donde nació y dio sus primeros pasos. En la ciudad más próxima, en la amurallada Provins, pequeña por su tamaño pero rica en su pasado, donde en la llamada Torre del César estuvo cautivo el último merovingio, cuya vieja iglesia viera postrarse a la misma Juana de Arco, obtuvo su certificado de estudios primarios. En Breton Bazoches vivía y ejercía un viejo médico rural, un genuino *médecin de campagne* como los que describe Bernanos, que convirtióse en el ideal del joven Farabeuf y de este modo sus estudios de medicina, iniciados en 1859, no tuvieron otro propósito que emular a aquel héroe de su adolescencia. En 1864 entró a formar parte de los internos de los hospitales de París y fue precisa-

mente en esa época cuando adquirió una grave otitis, que abandonada a su curso, dejó en él, como secuela, una sordera inseparable que le acompañaría siempre y para toda la vida. Este accidente puso fin a sus aspiraciones de médico rural y al cambiar su destino le hizo despertar y desarrollar sus inclinaciones hacia la enseñanza. Poco tiempo después, Farabeuf se convirtió en el interno y protegido del profesor Verneuil, cirujano del Hospital de la Pitié, hombre abierto, franco, conflictivo, gran aficionado a los estudios anatómicos y que hiciera, durante su vida y en su especialidad, numerosas aportaciones en el campo de la historia de la cirugía, como lo atestigua su obra *Chirurgie réparatrice*, que publicó en 1877.

Un buen día, relata Forge, el profesor Aristides Verneuil caminaba por el patio de la facultad de medicina en compañía del ilustre Paul Broca, profesor de patología quirúrgica, gran conocedor del campo de los aneurismas, en quien se cumplió, por cierto, una vez más, el aforismo de Osler de que los grandes médicos mueren de aquellas enfermedades que han ocupado su interés durante la vida: Broca murió, precisamente, de la ruptura de una lesión aneurismática. Paul Broca acababa de ser juez en un concurso de oposición para una vacante de adjunto de la facultad. "Durante la competición —comentó éste— un tal Farabeuf me pareció un candidato notable, ¿lo conoces?" "Tengo un interno que se llama Farabeuf, pero no creo que haya concursado", respondió el profesor Verneuil. Al día siguiente, al llegar al hospital, Verneuil no resistió ni un instante satisfacer su curiosidad. Se dirigió a su interno y le dijo: "Dime, mi pequeño Farabeuf, acaso fuiste tú quien concursó para el puesto de adjunto?" "Sí señor", respondió el interrogado. "Pequeño imbécil —replicó Verneuil, alzando indignado la voz— ¿porqué no me lo dijiste? Habrías sido el designado". Un año después, en un segundo concurso, Farabeuf obtuvo el puesto. En 1871, un jurado calificador, bajo la presidencia de Verneuil, le otorgó el doctorado por su tesis titulada *La confección de los muñones*.

En 1872 fue nombrado prosector. Fue, sin duda este nombramiento lo que alimentó aún más su pasión por la anatomía y le hizo percibir, de inmediato, las grandes deficiencias que existían en la enseñanza de esa materia y vislumbrar las soluciones para el futuro.

En 1873, Farabeuf se presentó en el concurso para profesor agregado de anatomía, con una tesis titulada *De la epidermis y de los epitelios*. Aquí, a pesar de ser ya bien conocido por el jurado calificador, Farabeuf perdió la oposición y este accidente acaeció en una demostración de justicia, en un acto que puede ser calificado, en nuestros días, como un síntoma de absoluta imparcialidad. Su oponente resultó ser nada menos que el alsaciano Matías Duval, aquel tesorero y escrupuloso investigador de la anatomía del sistema nervioso. En 1876, empero, con su tesis *El sistema de las serosas*, estudio detallado y modelo, para su época, de una investigación en anatomía, ganó, al fin, el puesto de profesor agregado de anatomía descriptiva. En dicho estudio, por cierto, un grabado realizado por

el mismo acerca de la relación de los grandes vasos con el esqueleto esternocostal, se convirtió durante los últimos años del siglo pasado, y en los primeros treinta de este, en un esquema clásico de la relación vasculo-esquelética.

Un año más tarde, en 1877, fue elegido miembro de la Sociedad Francesa de Cirugía. Aquel, que jamás pisara una sala de operaciones. Aquel, que en cambio diseñara y perfeccionara un gran número de técnicas operatorias. Aquel, que era, sin duda, un gran artista de la disección, aunque jamás viera surgir sangre al efectuar una incisión, íbase a contemplar sentado entre los más destacados cirujanos de su época.

¿Por qué Farabeuf nunca operó en el vivo y fue durante toda una vida un cirujano de cadáveres? Se dice que se lo impedía su grave sordera y por tanto sostenía un perfecto entendimiento con sus discípulos. Había ido perdiendo la agudeza visual y se relata que un día observaba a Jalaguier, quien era entonces prosector, hacer una disección de los músculos de los canales vertebrales, cuando sólo con enormes esfuerzos podía disimular su inconformidad al verlo cómo parecía perderse entre sus intrincados fascículos. Farabeuf tomó por su cuenta, durante la noche, la labor de su discípulo y al siguiente día presentóle a Jalaguier una disección impecable.

Farabeuf no operó jamás un vivo. Y no lo hizo por su personalidad, por su carácter. Porque sublimó su quehacer en el cadáver. Porque como un día le comentara a alguien: "Si los muertos fueran tan repugnantes como los vivos, jamás hubiese podido estudiar anatomía".

Farabeuf enseñó hasta el infinito el arte de disección. "Disecar mal —decía— es demostrar torpeza, es manifestar incapacidad absoluta en cirugía".

En el año 1876 publicó en el *Progrès médical* un completísimo análisis acompañado de todo un plan de reformas encaminadas hacia la enseñanza de la anatomía. Representó ello, para su época, una labor detallada y clara de lo que debe ser la instrucción de esta materia. Detengámonos aquí a contemplar cuál era el estado de la educación anatómica antes de Farabeuf.

Sappey fue su antecesor, hombre elegante y distinguido, que consagró su vida al estudio de la anatomía descriptiva y nos legó un tratado en cuatro volúmenes, bastante ilustrado, aunque sin guardar aquella fidelidad de los anatomistas alemanes de la época. Sappey conserva un lugar, hasta nuestros días, por sus investigaciones acerca de los linfáticos. En aquel entonces los alumnos disecaban cuando querían, o si se quiere, lo más probable es que sólo disecara el que podía. Las clases se llevaban a efecto en el viejo edificio de la calle Vaquelin, cuya descripción nos legara Cabanés, de paredes de madera, húmedo y frío, donde los estudiantes concurrían en forma irregular y donde los mozos, que percibían un salario irrisorio, completaban su presupuesto dando clases particulares antes del examen. En su análisis en el *Progrès médical*, Farabeuf meditó incluso en los menores detalles de su reforma. Proyectó el edi-

caliente, las planchas de disección, la iluminación. Los alumnos de primer año, señalaba, se encargarían de la disección de las extremidades, de los músculos, articulaciones, vasos y nervios. La cabeza, las vísceras y las regiones difíciles serían privativas de los alumnos de segundo año. En esa forma, con la aprobación de su proyecto, fue creada la escuela práctica, ubicada, como apuntábamos en un principio, enfrente de la facultad y en cuya entrada observamos, en nuestros días, esa estatua en cuyo pie se lee Louis H. Farabeuf.

Fue precisamente durante el tiempo que duró la construcción de dicho edificio, cuando escribiera su famoso tratado de cirugía operatoria. Dicha obra nació de la fusión de su pequeño libro sobre ligaduras, que había aparecido en 1872, y de su manual de amputaciones publicado en 1881. Farabeuf se dedicó intensamente a su elaboración, faena que le ocupaba toda su jornada. No solamente escribió el texto, sino que una parte de los grabados, firmados con una simple F, fueron realizados por su propia mano. Las planchas de estos grabados fueron legadas por sus herederos a la facultad de medicina de París. Este libro de técnica operatoria tiene de meritorio representar, para aquel entonces, una obra dotada de gran precisión que reemplazó, inmediatamente después de su publicación, al *Manual de medicina operatoria* de Malgaigne, que hasta entonces había sido el libro de texto. La producción iconográfica de Farabeuf no se limitó exclusivamente a esta última obra, ni a la *Introducción al estudio de los partos*, escrita con Varnier, sino que dibujó él mismo, para la escuela práctica, un gran número de planchas murales que han resultado de gran utilidad para la enseñanza y que forman, hoy en día, una colección de grabados anatómicos sin par en el mundo.

Con toda su extraordinaria actividad, era Farabeuf un hombre crónicamente enfermo. Tenía la apariencia de un ser agotado, al que sólo mantenía activo esa enorme pasión por su oficio, aquella casi voluptuosidad por los estudios anatómicos, y sobre todo el conocimiento de estos como fundamento de los procedimientos quirúrgicos. Los continuos zumbidos de oídos le desesperaban. Aquellos repetidos ataques de iritis, cuyos periodos de remisión eran cada día más escasos, sumados a las artralgias poliarticulares, con el transcurso de los años habían minado, poco a poco su espíritu. En 1902 la situación se había vuelto insostenible y al fin ocurrió lo que todos esperaban: Farabeuf renunció a su puesto docente y desapareció de la vida pública. Nadie sabía de él. Unos cuantos meses después, cuando su retiro había sido aceptado como *un fait accompli*, fue anunciada una conferencia suya en la Academia de Cirugía. Faure nos cuenta que los presentes, que habían acudido llenos de morbosa curiosidad, se vieron sorprendidos ante un Farabeuf nuevo, hasta sonrosado, menos encorvado, que había abandonado su vieja pelerina y que incluso sonreía. Farabeuf estuvo más brillante que nunca y entusiasmó a los allí presentes con una exposición ma-

llos distantes, comenzaron a entender que aquel deterioro progresivo, que se atribuía a la evolución natural de la enfermedad, era en realidad el reflejo del efecto devastador de una droga, en la que en vano había buscado solaz a sus sufrimientos. Ese resurgimiento, aquellos meses de abstinencia, habían sido una vez más una muestra de su voluntad férrea, de su coraje, de aquel virtuoso dominio de sí mismo, los que le permitían ahora, aunque sólo por un breve instante, recuperar una pequeña parte de tanto tiempo perdido.

En unas semanas retornó a sus actividades: se presentó en la sala de disecciones, volvió a contemplar, al entrar en el anfiteatro, aquel recinto repleto de un público que le esperaba, de una concurrencia ávida de escuchar de nuevo esas lecciones llenas de ese fervor, que sólo proporciona el combustible de la amalgama del amor con la pedagogía. Desafortunadamente, este resurgimiento no duró mucho tiempo. Farabeuf lo entendió y decidió retirarse a terminar sus días en esa casa paterna que le viera nacer, sólo separada de la iglesia por aquella pequeña plaza adornada de tilos. Allí, en su cuarto de trabajo, pasó los últimos días de su vida, rodeado de sus libros y de los retratos de aquellos que habían sido sus maestros y sus discípulos. Allí podía reconocerse a Nelaton, el brillante operador; a Richet, a Guyon, el experto conocedor del aparato urogenital, a Second, a Collin, sus discípulos más cercanos...

Su pasión por la enseñanza no se desvaneció de sus últimos pensamientos, ni siquiera en ese ignorado rincón donde vivía. Tan sólo escasos días antes de morir concurrió a la distribución de premios en el colegio del pueblo. Allí improvisó un pequeño discurso, casi familiar, donde daba recomendaciones acerca de la educación práctica y aconsejaba no enterrar a los niños en los libros desde un principio, sino desarrollar primero sus sentidos, sobre todo la vista y el tacto. El 13 de agosto de 1910 falleció y su cuerpo descansa allá sobre la colina que se levanta a un lado del pueblo, en uno de esos cementerios provincianos europeos, que reciben, en inclinada reverencia, la sombra bienhechora de sus pinos.

Farabeuf, más que representar uno de los grandes de la medicina de su época, constituye un símbolo. Un nombre que muchos que no han estudiado jamás medicina conocen. Farabeuf es un vocablo que suena a cirujano. Aquel que nunca curara de su propia mano un solo enfermo, salvó a muchos gracias a sus estudios y a sus enseñanzas.

En mi época de estudiante dejó en mí una impresión profunda, que después, el transcurso de los años ha podido advertir como se iba desvaneciendo poco a poco. El otro día, al caminar por la calle que va del Boulevard Saint Michel al de Saint Jacob, en uno de esos días parisienses grises y borrosos, me pareció ver a un hombre encorvado, de vestimenta un tanto excéntrica cubierto de un viejo abrigo con pelerina, con el sombrero hasta las orejas y que arrastraba penosamente los pies al caminar...